



# EL PAÍS DEL PASADO

GABRIEL BERMÚDEZ CASTILLO

«Al anochecer del día en que su esposa Ailnor falleciera, y después de que los acongojados amigos y familiares se hubieron retirado, el capitán Thors Thorkas se sentó en la silenciosa veranda de su casita, para esperar la visita de la muerta...»

Nova

Los briander, los habitantes de esa sorprendente tierra, hablan con los muertos, pero también aguardan la ocasión propicia (¿en qué sentido?) para reemprender un interrumpido viaje en una misteriosa y antaño todopoderosa nave espacial que se conserva junto a su poblado o ciudad. El lugar describe *El país del pasado* está, según parece, repleto de monstruos, como el Carcajeador y otros, a cual más extraño y sorprendente. La aventura, con todas sus consecuencias, resulta inevitable.

A ese mundo con tensiones entre sus dos jefes supremos, el Maxicleus y el Maxileard, llega inesperadamente Noor Dawidum, una mujer procedente, tal vez, de otro universo donde la tecnología ha producido una máquina sumamente poderosa: el *Traslator*. La aventura esta servida. Y con ella la reflexión sobre las difíciles condiciones que ayudan a construir un futuro venturoso a las sociedades que logran reunirlos. ¿Cuáles son esas condiciones?

## Presentación

*Ya que estamos ante la presentación de una novela de uno de los mejores autores españoles de ciencia ficción, les voy a hacer partícipes de una de las curiosas sorpresas que me proporcionó, en su tiempo, la ciencia ficción española.*

*A principios de 1980, cuando estaba a punto de iniciar esa locura que es editar un fanzine (sobre todo en la época en que no existían los procesadores de texto de que hoy se dispone...), me puse en contacto con Domingo Santos (Pedro Domingo Mutiñó para los amigos), el gran factótum de la ciencia ficción en España. Mi intención era conseguir que me proporcionara las direcciones de los subscriptores de NUEVA DIMENSIÓN (eran tiempos sin LORTAD<sup>[1]</sup> ni LPDP<sup>[2]</sup>...) para enviar a todos ellos el primer ejemplar de mi fanzine KANDAMA, ya que (en esos lejanos tiempos sin Internet...) no se me ocurría otra manera mejor de dar a conocer el proyecto.*

*Recuerdo ahora que Isaac Asimov comenta en su autobiografía que, en lugar de enviar sus primeros relatos a ASTOUNDING por correo, optó por acudir en persona a la redacción de la revista para hablar directamente con John W. Campbell. De eso surgió una fructífera relación maestro-discípulo que, imagino, puede haberse repetido, salvando las distancias, en el caso de Santos y quien esto escribe.*

*Teniendo en cuenta que Santos vivía en mi misma calle y que suelo ejercer de catalán, me di cuenta de que era más barato ir a verle en persona que llamar por teléfono. Acudí a su casa y quedé sorprendido por su amabilidad y*

*voluntad de colaboración. Ahora me enorgullezco de ser su amigo y siempre recordaré que, como Asimov respecto de Campbell, su ayuda fue, para mí, de un valor incalculable.*

*Pero en una de esas primeras conversaciones, Santos me dijo algo que me dejó un tanto desconcertado y que, prudente como suelo ser, en aquel momento no le discutí aunque me sorprendió, y mucho. Imagínense: mi bagaje era (y es) la ciencia y la ingeniería y, en mi ingenuidad de entonces, asociaba el interés por la lectura de ciencia ficción a un mínimo interés por la tecnociencia o, cuando menos, por las consecuencias de su uso. Al fin y al cabo, así lo establecía el Buen Doctor, Isaac Asimov: «La ciencia ficción es la rama de la literatura que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia y la tecnología». Por eso mi sorpresa fue mayúscula, cuando, comentando el posible perfil de los suscriptores de NUEVA DIMENSIÓN y, en definitiva, de los aficionados a la ciencia ficción en España, Santos me dijo que, según sus datos, eran mayoritariamente «gente de letras» con predominio de magistrados y notarios.*

*Bueno, ahora sé que esos magistrados tal vez se reducían a «un magistrado»: el propietario de la colección Acervo (a la que Santos asesoraba y para la cual hacía la selección de títulos). Y también era posible que esos «notarios» se sintetizaran en uno emblemático, «el notario», que no era otro que Gabriel Bermúdez Castillo, de quien me honro en presentar hoy su primera novela en NOVA con la esperanza de que no sea la última.*

*Gabriel Bermúdez Castillo es, sin ningún lugar a dudas, uno de los grandes valores de la ciencia ficción española. Ha hecho coincidir en apreciaciones laudatorias a comentaristas tan distintos y distantes como Pedro Jorge Romero y Julián Díez, sin olvidar los elogios que le han dedicado otros respetables críticos y especialistas como Domingo Santos, Ricard de la Casa, Pedro A. García Bilbao y muchos más.*

*Aragonés nacido en Valencia, la Gran Enciclopedia Aragonesa 2000 le presenta como «escritor y notario», y no olvida su importante papel en la ciencia ficción española. Como no podía ser de otra manera, Gabriel Bermúdez Castillo ha obtenido diversos premios Ignotus, el mayor reconocimiento de la ciencia ficción española: en 1994 por la novela SALUD MORTAL (Miraguano) y en 2002 por DEMONIOS EN EL CIELO (Espiral). Antes, en 1992, había recibido el premio Ignotus Especial a la «labor de toda una vida» en la HISPACON Gadir de 1992. Ya al principio de su carrera, uno de sus primeros relatos, «Amor en una isla verde» incluido en la antología EL MUNDO HÓKUN (Javalambre, 1971), obtuvo un galardón en el Primer Congreso Europeo de Ciencia Ficción (Trieste, julio de 1972), como representante allí de la narrativa española de ciencia ficción.*

*De entre sus obras, yo seleccionaría tres. Por orden cronológico hay que empezar con VIAJE A UN PLANETA WU-WEI (Acervo, 1976), hoy convertido en libro de culto de la ciencia ficción española y una de las pocas novelas españolas del género (si no la única) que ha tenido ya tres ediciones distintas. Después viene esa maravilla de ironía y diversión llamada EL SEÑOR DE LA RUEDA (Albia, 1978), a la que sigue SALUD MORTAL (Miraguano, 1993) que, muy adecuadamente, Pedro Jorge Romero ha considerado un modelo de sátira.*

*Debo reconocer que cuando SALUD MORTAL apareció publicada en Miraguano, en 1993, cuando ya NOVA estaba en funcionamiento, me sentí algo incómodo. ¿Por qué no me la había ofrecido para NOVA? Me lo expliqué (quien no se conforma es porque no quiere...) por el hecho de que dos de las novelas cortas que Gabriel Bermúdez Castillo había presentado al Premio UPC se recogían, con una tercera, en INSTANTES ESTELARES, publicada también por Miraguano. Era lógico que un autor confiara en su nueva casa editorial.*

*Es posible que Gabriel Bermúdez Castillo no supiera en aquellos momentos de mi interés por su obra, mi admiración por un clásico como VIAJE A UN PLANETA WU-WEI y, sobre todo, la gran diversión que me había proporcionado con la lectura de esa obra maestra de la ironía que es EL SEÑOR DE LA RUEDA. En este sentido, SALUD MORTAL satisfizo también mis expectativas y, pese a aparecer en otra editorial cuando pudo haber estado en NOVA, no me cuesta reconocer que es una de sus obras más interesantes. Debo decir que suscribo muchos de los comentarios que sobre ella hiciera Pedro Jorge Romero en su brillante artículo: «Los rigores de la sátira: el distanciamiento como elemento estructural en Salud Mortal de Gabriel Bermúdez Castillo» (BEM, núm. 31, mayo 1993).*

*Como editor de NOVA tengo mi inevitable colección de errores y pequeños fracasos: llegar sólo dos horas tarde a la contratación de la trilogía de MARTE de Kim Stanley Robinson, llegar también tarde (y esta vez por meses...) a la contratación de la larga space opera de Alastair Reynolds, y otros varios que no voy a citar aquí. Pero, en cuanto a la ciencia ficción española, el más doloroso que recuerdo es haber tardado tanto en leer y aceptar una de las mejores novelas de Ángel Torres Quesada, LOS VIENTOS DEL OLVIDO. Tardé tanto en darle una respuesta, que el autor, supongo que desesperanzado, acabó publicándosela él mismo con un grupo de amigos de Cádiz (Grupo PARSEC/Ediciones Gadir, 1995), impidiendo así que se publicara en NOVA como yo hubiera querido, pese a mi tardanza como lector...*

*Por eso, cuando a primeros de julio de 2003 recibí una llamada de Gabriel Bermúdez Castillo proponiéndome que leyera su novela EL PAÍS DEL PASADO, me apresuré a decir que sí. Para que no se repitiera la mala experiencia de LOS VIENTOS DEL OLVIDO, le dije a Gabriel que pensaba leer su novela durante la semana del 21 al 24 de julio. En esa semana, yo tenía que participar en un curso de verano en la*

*Universidad de Extremadura, y el largo viaje en Talgo, con unas nueve horas de duración, me daba la seguridad de que podría terminar de leer la novela.*

*Pero con las obras de autor español ocurre algo muy particular: cuando las recibes no sabes nada de su contenido. En las novelas publicadas en inglés hay textos en las solapas y en la contraportada, y muchas veces dispongo de críticas ya aparecidas en algunas de las revistas que recibo periódicamente, o informaciones que puedo obtener de la red. En cambio, con las obras de autor español no sabes nada, sólo el título y, en casos como el que ahora nos ocupa, la trayectoria del autor.*

*La curiosidad es una fuerza poderosa. Aunque sabía que iba a leer EL PAÍS DEL PASADO en el Talgo, se me ocurrió echar un vistazo a las primeras páginas para ver «cómo iba la cosa». ¡Error! La prosa de Gabriel Bermúdez Castillo me atrapó y lo extraño del mundo que describía me intrigó. Se trataba de algo curioso que, al principio, me tuvo pensando si eso era realmente ciencia ficción o se trataba de otra cosa. El mundo de EL PAÍS DEL PASADO es parecido pero al mismo tiempo sumamente distinto al nuestro, aunque sólo sea por ese primer párrafo en que alguien se dispone a esperar a su esposa recientemente muerta, precisamente para hablar con ella.*

*Lo cierto es que, sin esperar las horas que me ofrecía el viaje en tren, leí la novela completa en un par de días a pesar de un montón de otras tareas que, lo reconozco, deberían haber ocupado mi tiempo. Y, hacia mediados de julio, llamaba por teléfono a Gabriel (el catalán medio sabe que una llamada telefónica resulta más barata que viajar a Cartagena...) para decirle que sí, que su novela me gustaba, que iba a publicarla si él quería y que, si le parecía bien, empezaba ya con todos los trámites administrativos habituales.*

*Al recibir la novela había advertido a Gabriel que ya tenía títulos contratados hasta principios de 2005 y que, si*

decidía incluir su novela en NOVA, era posible que su publicación se retrasara hasta ese año. Tras haberla leído, me pareció una equivocación tener que esperar tanto. Primero le hice un hueco en el primer semestre de 2004, amparándome en la necesidad de dar un mayor margen a los traductores de los títulos en cartera. Pero después me volví a liar la manta a la cabeza y me dije que, por enésima vez, la nueva edición de mi CIENCIA FICCIÓN. NUEVA GUÍA DE LECTURA (planificada inicialmente para finales de 2001) podía retrasarse algunos meses<sup>[3]</sup>. Al fin y al cabo, hace ya algún tiempo que no publicamos novelas de autores españoles y en NOVA nos sentimos orgullosos de haber presentado ya más de cuarenta novelas cortas de autor hispano (en los doce volúmenes del Premio UPC aparecidos) y, hasta ahora, nueve novelas largas, la última en junio de 2001. La de Gabriel Bermúdez Castillo va a ser la décima novela de autor español y les aseguro que vale la pena. Y como en realidad yo ya conozco (¡y demasiado!) la famosa NUEVA GUÍA, me siento orgulloso de mi decisión: publicar antes EL PAÍS DEL PASADO que la ya tan retrasada CIENCIA FICCIÓN. NUEVA GUÍA DE LECTURA (que les prometo para marzo de 2004, esta vez sin más aplazamientos).

Dicho y hecho. Apenas un mes más tarde de haber recibido la novela EL PAÍS DEL PASADO para ser leída, ya se están corrigiendo las galeradas, está en marcha el contrato, estoy redactando su presentación y empezando a pensar en cómo ilustraremos la portada. No es poca cosa. Ojalá hubiera sabido hacerlo así con LOS VIENTOS DEL OLVIDO de Ángel Torres Quesada (¡perdón, Ángel!).

Bueno, me dirán ustedes, que son (¡lo sé!) muy observadores: «Hasta aquí mucho rollo, mucha anécdota, mucha confesión, pero, ¿qué ocurre con *El país del pasado*? ¿No es esto, precisamente, la presentación de esta novela?»

Pues sí, pero, lo reconozco, en el fondo no quiero hablar demasiado de EL PAÍS DEL PASADO. Me gustaría que us-

tedes pudieran repetir la experiencia que yo mismo tuve al ir descubriendo el cómo y el porqué de una narración típicamente «made in Gabriel Bermúdez Castillo», con su cuidada prosa, su gran capacidad para las descripciones (vestidos femeninos incluidos) y, también, para los momentos de acción y, en definitiva, ese estilo que Ricard de la Casa y Pedro A. García Bilbao definen como un «estilo ágil, potente, directo y sobre todo muy flexible». Y todo ello sin olvidar la estructura misma de la narración novelística, en la cual Gabriel Bermúdez Castillo es, indudablemente, uno de nuestros más hábiles expertos en su concepción.

Sólo les diré que EL PAÍS DEL PASADO pertenece a otro universo y, por lo tanto, sus similitudes y diferencias con el nuestro pueden ser infinitas. En manos de Gabriel Bermúdez Castillo todo está permitido.

Los briander, los habitantes de esa sorprendente tierra que describe el autor, hablan con los muertos pero también aguardan la ocasión propicia (¿en qué sentido?) para reemprender un interrumpido viaje en una misteriosa y antaño todopoderosa nave espacial que se conserva junto a su poblado o ciudad. Y ese lugar que describe EL PAÍS DEL PASADO está, según parece, repleto de monstruos como el Carcajeador y otros a cuál más extraño y sorprendente. La aventura, con todas sus consecuencias, resulta inevitable.

A ese mundo con tensiones entre sus dos jefes supremos, el Maxicleus y el Maxileard, llega inesperadamente Noor Dawidum, una mujer procedente, tal vez, de otro universo donde la tecnología ha producido una máquina sumamente poderosa: el «traslator».

La aventura está servida.

Y con ella la reflexión sobre las difíciles condiciones que ayudan a construir un futuro venturoso a las sociedades que logran reunirlas. ¿Cuáles son esas condiciones?

Nunca es tarde si la dicha es buena. Es un verdadero orgullo tener a Gabriel Bermúdez Castillo en NOVA. EL PAÍS

*DEL PASADO es un primer encuentro con este autor, no ha de ser el último.*

*Para mí, leer ciencia ficción es un divertimento inteligente y, cuando la novela la ha escrito Gabriel Bermúdez Castillo, eso está siempre asegurado. Tal como decía José Antonio Valle en el fanzine PLAGA: «Bermúdez Castillo es uno de los padres del género en nuestro país, [y] sabe entretener como pocos».*

*Pues eso, aquí tienen entretenimiento inteligente. Tal como están los tiempos, no es poca cosa. Que ustedes lo disfruten.*

MIQUEL BARCELÓ

# I

## El regreso de la esposa muerta. La predicción

Al anochecer del día en que su esposa Alinor falleciera, y después de que los acongojados amigos y familiares se hubieron retirado, el capitán Thors Thorkas se sentó en la silenciosa veranda de su casita, para esperar la visita de la muerta. No dudaba que así se produciría, como era costumbre, y en su alma no existía el más mínimo temor (como quizás otros hubieran tenido) de que transcurriese la noche sin que esa etérea y querida figura surgiese de las oscuras frondas del jardín.

Se puso en pie y caminó hacia los primeros árboles. Alzó la mirada al cielo. Brillaban las estrellas (aquellas estrellas a las que no habían dado nombre) sobre la intensa negrura del firmamento. La pálida y enorme luna rozaba con su gran disco el horizonte, y una ligera escotadura, a la derecha, le daba el aspecto de una gruesa letra C, lo que indicaba, sin lugar a dudas, que terminaba el cuarto creciente.

No muy lejos, diseminadas entre las tinieblas de la noche, brillaban algunas lucecillas, denotando dónde se hallaban las restantes viviendas de sus compañeros y compañeras. Más lejos, a unos mil pasos de distancia, había un foco más intenso, que correspondía a la pareja de vigilantes de la dormida nave.

—¿Thors? —dijo una dulce voz femenina.

Se volvió. Era ella, Alinor. Le miraba desde la veranda de la cabaña, apoyada sobre el respaldo de aquella butaca

tallada que, en vida, le había gustado tanto ocupar. Parecía tan viva y real como la mujer con la que había convivido durante tantos años. Realmente, nadie había logrado determinar si aquellas visitas de esposos o esposas, de hijos, hermanos o amigos muy queridos, las realizaba el verdadero cuerpo del extinto, que cobraba vida por una misteriosa facultad, o si eran solamente una proyección imaginaria. Los más doctos de su raza no habían logrado determinarlo nunca.

Pero cuando Thors Thorkas se acercó, con el corazón excitado, y tomó entre las suyas la mano de Alinor, la notó tan firme y tibia como cuando estaba viva. Sonriendo, ella la retiró y tomó asiento en la silla tallada, mientras él lo hacía a su lado, en aquel sillón mullido extraído de la nave.

La observó. Vestía una larga túnica roja (el color de los que dejaban de vivir, el color del luto, el color que predominaría durante cien jornadas en el ropaje del capitán) casi transparente, y era fácil ver que no llevaba nada bajo ella. No sintió deseo físico alguno; realmente, hacía ya mucho tiempo que no lo sentía...

—¿Piensas en Galaine Belle? —preguntó ella.

—¿Lo sabías?

—Lo sé ahora. Faltaste a tu promesa, Thors.

—Es cierto, pero cuando te juré fidelidad, yo era sincero, Alinor.

—También sé eso. Como muchas otras cosas...

Él le hubiera cogido la mano de nuevo, en un vano intento de establecer una comunicación que ya no podía darse. No, después de que ella, tan apresuradamente, le hubiera informado de su conocimiento de aquel romance con la hermosa y atrevida Galaine Belle.

Durante un rato permanecieron silenciosos. El capitán, ahora más acongojado que cuando se produjo el deceso, le lanzaba rápidas miradas, temiendo el momento en que comenzase a desaparecer. Luego, observaba la noche, las

estrellas sin nombre, la terrible luna que crecía a ojos vistas sobre el tenebroso firmamento.

—Te quiero aún, Alinor. Te he querido siempre... Lo de Galaine...

—Sé lo que me vas a decir. Un capricho. Ella es joven, hermosa, con un cuerpo que destaca y que no se preocupa de ocultar. Tiene unos grandes triunfos, que tus manos habrán sabido apreciar... También es, aparte de la muchacha más deseada del pueblo, una mujer codiciosa y con muchas ganas de situarse. Puedes estar seguro, mi amado Thors, de que pronto querrá venir a vivir contigo, de que te pedirá el juramento de fidelidad, tal como tú y yo lo hicimos ante los ancianos.

—Tú no me lo pediste nunca, querida Alinor. —Yo no lo quería; eso debía salir de ti. Si no lo hubiéramos hecho, tu relación con Galaine hubiera carecido de importancia. Pero lo hiciste, y yo lo acepté, y te correspondí con el mío.

—Al cual has hecho honor siempre.

—Así ha sido. Bien, cariño. A pesar de todo, de nuestro desdichado naufragio, de las disensiones que lo provocaron, y de Galaine Belle, he Sido feliz a tu lado.

Él no supo qué contestar. Esta visita póstuma se estaba desarrollando por unos cauces completamente diferentes de lo que había previsto. Notó un roce delicado en sus dedos. Volvió la vista. Los ojos oscuros de Alinor le sonreían, y su mano acariciaba dulcemente la del capitán.

—¿Qué... qué es lo que hay después? —preguntó, torpemente.

Ella rio, con suavidad.

—Sabes, te habrán dicho otros, que no queremos hablar de eso...

—Casi nadie quiere comentar nada de estas... visitas, querida Alinor.

—Es natural. Y ahora, amado Thors, debes...

Repentinamente se hizo una luz a lo lejos, una luz ácida, amarillenta, desagradable. Pero no fue eso lo que sobresal-

tó al capitán, ni lo que hizo enmudecer a Alinor, sino la horrible, chasqueante carcajada, digna de un loco histérico, que retumbó de forma ensordecedora sobre los campos, las arboledas, las dormidas casitas, y la silenciosa nave.

Se prolongó durante un buen rato, ascendiendo poco a poco, con un espantoso y chirriante sonido que helaba el alma, hasta llegar a un límite casi insoportable. A la luz amarillenta, a unos seis o siete mil pasos de distancia (¡cada vez más cerca!) destacaba una colosal sombra negra de forma vagamente antropoide, con protuberancias monstruosas, que se encogía y saltaba histéricamente a compás de la terrorífica risa. Su altura era la de una torre, la de un alto edificio... Tal vez, pensó Thors Thorkas, alcanzase los mil pasos o más. Cuando era de día, la horrenda sombra que proyectaba cubría el poblado por completo.

Mientras algunas luces nuevas se encendían en las dispersas viviendas, la figura negra se diluyó en la oscuridad, cesó el espeluznante sonido, y sólo quedó un halo amarillo en el lugar donde se había mostrado.

—El Carcajeador se ha movido esta noche, Alinor. Está más cerca. Pronto tendremos que enfrentarnos a él.

De pronto se dio cuenta de que a través del cuerpo de Alinor comenzaban a transparentarse las pulidas maderas de la silla tallada, señal cierta de que estaba a punto de desaparecer, dejándole para siempre. Experimentó un intenso dolor, mucho más fuerte que en el momento de su muerte, el día anterior.

—No —respondió su esposa, con dulzura—. No será así, querido.

El capitán sintió un escalofrío. A pesar de que a los briander les gustaba poco comentar estas visitas, era sabido que a veces, en contadas y especiales ocasiones, se producían revelaciones e informes sobre el futuro.

—Dime, mi amor —respondió ansiosamente, tomando en las suyas las manos de la dama, a las que sintió leves y

casi inexistentes, como si fueran de pluma o de humo—. Dime lo que quieras...

—Habrá una visita —respondió ella, con voz casi inaudible—. El Carcajeador no prevalecerá contra ella. Os será de ayuda... Cuídate, Thors, de la ambición de Galaine... y procura que tus relaciones con Kla... no sé qué decir, querido, con Rebelio, sean buenas. Esa disensión es la causa de todos nuestros... No; ya no son míos. De vuestros males... Adiós, Thors. Procura vivir sin mí; hay otras damas que no se llaman Galaine Belle.

Algo se deshizo. Hubo un ligero soplo de viento, seguido de una brisa perfumada y llena de amor que envolvió por completo al capitán. Cuando quiso darse cuenta, ella ya no estaba allí, la enorme luna navegaba por el cielo, y en lontananza comenzaban a mostrarse las primeras señales de la aurora. El momento tenía una intensa belleza, rota únicamente por la gigantesca figura del Carcajeador, puesto de relieve por la grisácea luminosidad del crepúsculo. El monstruo, clavado en el terreno, agitaba en silencio media docena de excrecencias del tamaño de montañas, dos de las cuales imitaban groseramente dos brazos humanos. Emitió un breve y desagradable chillido, e hizo crecer una nueva protuberancia hacia el cielo.

Thors se pasó la mano por la mejilla. Tenía que afeitarse, pero no en este momento; no ahora. Estaba rendido, como si hubiera luchado con aquel monstruo reidor de igual a igual. Necesitaba descansar. Se puso en pie, disponiéndose a entrar en la casa, y pensando en una tisana caliente y en el comfortable lecho de sedas y pieles que le esperaba.

Una nubecilla de color rojo intenso surgió del follaje próximo y, a ras de suelo, se deslizó de forma sinuosa hacia él. Velozmente, el capitán extrajo su espada y la golpeó de través, haciendo que la afilada hoja la cortase en dos. Con un leve ¡plop!, la nubecilla se desperdigó en numerosas ve-